

# Los deseos afines

*Narraciones africanas contra la homofobia*

Varios autores

Prólogo de Eduardo Mendicutti



# Los deseos afines

*Narraciones africanas contra la homofobia*

Varios autores

Prólogo de Eduardo Mendicutti



# Los deseos afines

*Narraciones africanas contra la homofobia*

Varios autores

Traducción de Carmen Cervantes y Raquel G. Rojas

Prólogo de Eduardo Mendicutti



# Prólogo

*En el corazón gay de África*

El corazón humano es igual en todas partes: un músculo imaginario en el que prenden las penas, las alegrías y los deseos. Los latidos del corazón son, en todas partes, la metáfora encarnada del placer, el dolor, el anhelo, la melancolía, el miedo y el coraje. Por eso también, en todas partes, el corazón del hombre gay, de la mujer lesbiana, del hombre o la mujer bisexual, del hombre o la mujer transexual tiene la misma dimensión, la misma profundidad, el mismo ritmo, la misma temperatura, el mismo color. Basta con leer los relatos de escritores del África subsahariana recogidos en este volumen para comprenderlo.

Lo que cambia, y de qué manera, de un lugar a otro es todo lo que rodea el corazón. La historia, la cultura, la familia, la religión, la política, la propia conciencia de lo que cada uno es, de lo que a cada uno se le exige y de lo que cada uno desea tienen un carácter diferente en un lugar o en otro. Es verdad que esa diferencia solo es un proceso en el tiempo, porque quienes vivimos en países en los que los derechos del colectivo LGTBI están ya legalmente consolidados podemos recordarnos fácilmente, de manera individual o de manera colectiva, como víctimas de otro tiempo, otra historia, otra cultura, otra familia, cualquier religión y, desde luego, la desdichada conciencia de ser repudiados por nuestros deseos afectivos y sexuales. Por eso es tan fácil y tan perturbador identificar y compartir lo que somos, de dónde venimos y qué buscamos con quienes viven en estas narraciones cuyo telón de fondo geográfico,

político, social, mental y emocional es el continente africano no mediterráneo.

Vivimos ahora, ya en la segunda década del siglo XXI, momentos particularmente duros y peligrosos para los homosexuales, transexuales y bisexuales a lo largo de todo el continente africano, con la única excepción, al menos en términos legales, de Sudáfrica. La homofobia se ha desbocado en muchos países cuyos gobernantes han impuesto leyes con condenas que, en algunos casos, llegan hasta la pena de muerte para quienes desean, aman, viven su sexualidad fuera del modelo heterosexista. La mayoría de los países del continente consideran ilegal, y por tanto delictiva, la homosexualidad. Las declaraciones contra el colectivo LGTBI por parte de los gobernantes de esos países entran de lleno en la incitación a la masacre. Las últimas manifestaciones e iniciativas legales contra los homosexuales de los presidentes de Uganda, Nigeria o Zimbabue condenan a la cárcel, al oprobio o al destierro a miles de hombres y mujeres estigmatizados y acorralados por su orientación sexual. Nosotros, afortunados gais, lesbianas, transexuales y bisexuales que podemos disfrutar de un marco legal que respeta nuestros derechos y los iguala a los de los heterosexuales, y que podemos rebelarnos contra los desafueros que todavía no se han erradicado del todo, no debemos olvidarnos de quienes son nuestros iguales africanos. También por eso este libro de relatos es tan oportuno y tan necesario.

Y digo que también por eso porque, a fin de cuentas, estamos hablando de literatura, y los valores literarios de estos textos son a veces sorprendentes, a veces nada convencionales, siempre poderosos. Muchos de ellos tienen una tonalidad llena de ecos lejanos, de armonías distantes, de cadencias fundacionales en los que se refugia la melancolía, la inocencia, el pudor, un amortiguado pero lacerante sentimiento de pérdida, y también, a veces, un

resplandor casi edénico. Otros son cáusticos, desafiantes, crueles, profundamente perturbadores. Hay, naturalmente, una sensible diferencia —y no hablo de diferencia de calidad— entre los textos de autores o autoras que aún se ven obligados a mantenerse en una mayor clandestinidad, y los de aquellos y aquellas que reflejan ya una sociedad evolucionada en relación con los derechos del colectivo LGTBI. Muchos de los autores viven fuera de los países en los que nacieron y seguramente se descubrieron como personas homosexuales o bisexuales, y otros y otras permanecen en sus países de origen, padeciendo con mayor o menor crudeza las circunstancias hostiles que les obligan a escribir con seudónimo y a luchar, desde la escritura, en condiciones todavía muy ingratas. Pero todos ellos demuestran, una vez más, que el corazón humano disfruta, padece, se encrespa, se calma, sueña y desea en todas partes de la misma manera. En todos ellos los lectores homosexuales y heterosexuales identificamos los placeres, los sufrimientos, la rabia, el alivio, los sueños y los deseos afines.

Eduardo Mendicutti  
Madrid, abril de 2014

# Introducción

Los editores Karen Martin y Makhosazana Xaba han logrado una hazaña extraordinaria con esta recopilación que, bajo el título original de *Queer Africa*, imagina el continente africano desde una perspectiva tan diversa como emocionante. Un proyecto maravilloso y necesario que presenta una visión de conjunto y permite, al mismo tiempo, que los dieciséis relatos y los dos extractos de novela conserven su autonomía. Esta visión compartida no implica que haya acuerdos o similitudes entre los distintos autores: Martin y Xaba hacen un guiño a la pluralidad de un colectivo que no es homogéneo. Cada una de estas narraciones ofrece una muestra de lo que significa ser *queer*<sup>1</sup> en África porque, en sentido estricto, esta palabra es la razón de ser de que aparezcan en esta obra.

Leídos por separado, los textos ofrecen el testimonio de la universalidad —o *multiversalidad*— de los sujetos *queer*, ya que invitan a los lectores a adentrarse en numerosos aspectos históricos, religiosos y geográficos. Son una poderosa respuesta al tradicional rechazo a las historias LGTBI en África, donde han sido consideradas como una decadente importación extranjera. Los relatos aquí presentes destilan amor, emoción, alegría, desengaño, trascendencia, melancolía y un abanico de sentimientos y experiencias inherentes al ser humano.

Leídos de forma colectiva, van más allá del mero ejemplo de que es posible concebir manifestaciones *queer* en cualquier escenario. No propone una óptica inclusiva ni suplementaria, sino una mirada que se toma el imaginario *queer* muy en serio, como si fuera una lente a través de la

cual se observa lo macropolítico y lo íntimo al mismo tiempo. En efecto, lo personal también adquiere en este caso un cariz político, porque no hay nada más político que el amor por aquellos a los que se ha borrado del sistema de manera metódica y brutal. Las historias no necesitan utilizar modelos similares ni compartir una misma ideología. El diálogo que surge entre ellas puede parecer complicado porque en este mismo volumen chocan universos conceptuales infinitamente distintos. Esto convierte la lectura de *Los deseos afines. narraciones africanas contra la homofobia* en algo impredecible, ya que los textos resultan deliciosos o sobrecogedores en función de quien los lea. No puedo afirmar que en esta colección haya un relato para cada persona: si lo hubiera, la variedad, el debate, la diferencia y el desacuerdo no tendrían cabida.

*Los deseos afines* alberga una amplia gama de voces, colores y energías. Las historias no abarcan todo el continente porque este no es el propósito. El África del Este y del Sur son las áreas predominantes y dentro de esta última, además, resuenan ecos de conflictos raciales, geográficos y sociales. La convergencia entre género y/o identidad sexual con la raza, la clase social y la violencia colonial o el apartheid está presente de una forma mucho más explícita en *La mugre de la libertad* de Rahiem Whisgary, que trata sobre la interrelación entre el sufrimiento, la raza y los privilegios adquiridos. Un registro similar pero con un tono diferente se halla en *La despedida* de Annie Holmes, que aborda los mismos temas pero a través de la ansiedad, el poder, el miedo y la agitación interior.

Los relatos *El pellizco* y *Un dolor envenenado* son primos hermanos. El segundo, escrito por Emil Rorke, capta el peligro latente en un mundo hostil que no acaba de entender el amor entre dos personas del mismo sexo, igual que en *El jambul* de Monica Arac de Nyeko. En *El pellizco*,

Martin Hatchuel sitúa a Meiring y Ludolf en la guerra entre Gran Bretaña y los afrikáneres, donde el temor constante a ser descubierto y la incertidumbre ante la aceptación o el rechazo están tan presentes como la atracción mutua. En estos cuentos subyace la importancia de reivindicar la historia desde un punto de vista *queer*. No solo pretenden mostrar el deseo en episodios claves de la historia, sino que plantean cómo sería una experiencia *queer* en ese contexto.

La pieza más descorazonadora de esta antología viene acompañada por la más elegante de las prosas. *El baño* de Wamuwi Mbao es un relato breve pero lleno de matices. Cada página está empapada de dolor, ya que la narradora nos conduce hasta un inútil y desesperado intento de suicidio propiciado por la muerte de un ser querido. El extracto de la novela *El gran garrote* es desolador y está maravillosamente escrito. Poco interesado en las miradas simplistas, este relato de Richard de Nooy sobre el valor y la incomprensión es a la vez hermoso y desgarrador. El empático narrador de De Nooy pone en el centro de la historia a Princess, de tal forma que él/ella es quien da sentido a la trama mientras los otros personajes permanecen ligeramente desenfocados.

En *Lower Main* de T.O. Molefe y en el fragmento de la brillante novela *Thirteen Cents* de K. Sello Duiker, descubrimos una Ciudad del Cabo a menudo oculta a la vista. La ciudad descrita por Molefe emerge a través del lenguaje de los deseos contrapuestos, mientras se intenta llegar a un acuerdo acerca de lo que no se puede o no se debe desear. Esta historia trata sobre mucho más que jugar con el cuerpo para explorar la identidad; también examina lo que significa ser un individuo constantemente observado, leído, consumido y empaquetado por las miradas de quienes no tienen en consideración las decisiones de los demás. Las protagonistas de Molefe no están definidas por esta mirada, a pesar de que no pueden escapar de ella.

En *Sethunya prefiere a las chicas*, Wame Molefhe estudia los regímenes de la feminidad, siempre asumidos y aplicados dentro de la normativa heterosexual, el enmascaramiento y los patrones de empatía e identificación. Estos asuntos son profundos y espinosos, y sin embargo representan en el relato de Molefhe una historia de esperanza, ambivalencia y belleza.

Si se supone que el arte debe inquietar, aparte de iluminar, revelar, hacer cosquillas y teorizar sobre el mundo, entonces *Como pez en el agua* de Mercy Minah ofrece el mayor reto como lector. Se centra en el competitivo mundo del deporte escolar y ofrece multitud de cuestiones de fondo sobre el deseo, en pareja o sin pareja, y flirtea con los límites de la excitación de una profesora al ver a una estudiante a la que entrena. Incluso después de releerlo, me perturba de tantas maneras que no puedo ni articular palabra sin desvelar algún detalle.

Por otro lado, *Se lo estaba buscando* de Natasha Distiller es un soplo de aire fresco. En este relato de título provocador, la autora retoma algo que encontramos con frecuencia en sus escritos: el esfuerzo por crear un lenguaje del cuerpo, la belleza y el amor. Las dos protagonistas desarrollan un *vocabulario* a través del físico de Julia que es exclusivo de ella y de Cath.

*Los deseos afines* combina historias rompedoras, como la de Sello Duiker y la galardonada y exquisita *El jambul* de Arac de Nyeko, con narraciones más delicadas. Con un estilo elegante y sensual, Arac de Nyeko muestra cómo dos chicas, en pleno proceso de convertirse en mujeres, se enamoran de la forma más lógica e irracional a la vez. Este viaje hacia la adoración mutua es lo más natural del mundo, como nos recuerda la autora. Leí el texto despacio, saboreando cada palabra, incluso en este volumen en el que hay múltiples relecturas posibles.

No puedo evitar pensar que *Todo al descubierto* de Dolar Vasani se mueve en un terreno similar al anterior, a pesar de que el contexto de ambos cuentos no puede ser más diferente. La narrativa de Vasani es hermosa y perturbadora, a la par que juguetona y con mucho humor. Dibuja un fascinante encuentro a través de la religión, donde las barreras son tan altas como una muralla pero finas como un *buibui*. En esta historia, la seducción es un arte, como lo son los cuerpos cubiertos en su totalidad por ropajes.

*Pelican Driver* de Davina Owombre nos ofrece una nueva ración de erotismo con un lenguaje propio de la cultura pop, ambivalente y aparentemente simple en su compromiso con la sexualidad y el género. Aquí también se nos empuja hacia la transgresión del deseo: enmascarando, actuando y jugando en una historia que aúna humor y provocación.

De forma individual y colectiva, los relatos de *Los deseos afines* se diferencian en lo que desvelan y en lo que cuestionan, en lo que dan por hecho y en lo que sugieren. Mientras me acerco al final de esta introducción, tengo que detenerme en la historia más cautivadora de la antología: *El señor de la casa* de Beatrice Lamwaka. En este hermoso tributo, la escritora escenifica la recuperación de la memoria de un ser querido que en el pasado sufrió el rechazo por ser él mismo. Lamwaka narra la vida de Lugul con un profundo aprecio por su masculinidad *desviada*, por su libertad y por su deliberada auto-identificación. *El señor de la casa* es una historia de amor en el sentido más radical: el empeño en reclamar la parte de nosotros mismos que repele y asusta a los demás. Es lo que hacía sentir bien a la narradora cuando era una niña y ahora como una mujer adulta. Es una reivindicación del amor, entendido como una fuerza transformadora del mundo y como un regalo a uno mismo. En muchos sentidos, esta es también la descripción más adecuada para esta obra. Espero que sea un regalo

para todos los lectores, al margen de si nunca, alguna vez o siempre se han llamado a sí mismos *queer*.

Pumla Dineo Gqola  
Profesora de la Universidad del Witwatersrand

---

<sup>1</sup> Término inglés que puede traducirse como «rarito» y que se utilizaba para insultar a personas con sexualidad no normativa. Mantenemos «queer» pese a que se han intentado algunas traducciones al castellano, como teoría torcida (Ricardo Llamas, 1998) o teoría marica. [N. del T.]

# Martin Hatchuel

Nacido en 1958, se define a sí mismo como un «optimista incurable» y «totalmente sudafricano». Está muy ligado a la provincia de Eastern Cape y muestra un particular interés por la guerra de 1899-1902 en Sudáfrica. Vive en la ciudad de Knysna, donde ha enfocado su labor de periodista en el sector turístico después de haber sido, entre otras cosas, capitán de ferry, dueño de un observatorio de aves en el Parque Nacional Wilderness y editor del periódico *Cape Tourism*, que mantuvo su actividad durante veintiún meses. Además, escribe relatos de ficción y posee un blog que es seguido por miles de personas.

## El pellizco

El pellizco era un juego que habían inventado cuando solo eran dos niños que corrían juntos por las praderas semidesérticas que rodeaban su pueblo, en el salvaje y solitario Karoo; los únicos niños del pequeño asentamiento en el que el padre de Meiring se hacía cargo de la estafeta de correos y de la tienda local y el padre de Ludolf se bebía el *mampoer*<sup>1</sup> que había destilado bajo el saliente de alguna roca en el valle, a solo medio día de camino de su casa. El pellizco consistía en acercarte sigilosamente a tu oponente, procurando que no te viera ni te oyera, y sorprenderlo cogiendo y retorciendo entre el índice y el pulgar la fina piel de su cuello o de la parte interior de su brazo; y, por supuesto, si el otro te descubría antes de haberlo conseguido, era él el que te pellizcaba.

Eso hacía al juego del pellizco tan adictivo: se conocían tan bien el uno al otro que resultaba casi imposible pillarse por sorpresa. Podían sentirse cuando se acercaban; adivinaban lo que el otro necesitaba incluso antes de que este lo supiera; veían el mundo de la misma manera, cada uno a través de los ojos del otro.

Tumbado en la fría oscuridad, Ludolf intentaba recordar cómo habían dejado los marcadores. Meiring siempre había ido en cabeza, siempre un poco más seguro de sí mismo, siempre un poco más astuto, pero él también había tenido sus momentos, momentos de satisfacción, de querer gritar y de reír hasta no poder más, en los que Ludolf había logrado pellizcar el primero y ganar. Cuando perdía, tenía que aceptar el castigo: Meiring le cogía del cuello con un brazo y le restregaba la cabeza con los nudillos mientras

gritaba: «¿Te rindes?, ¡¿te rindes?!». Pero Ludolf nunca se rendía y forcejeaba, intentando hacerle perder el equilibrio hasta que caían los dos al suelo, riendo y jadeando enredados de brazos y piernas.

No habían vuelto a jugar al pellizco desde que se habían unido al comando, hacía casi dieciocho meses.

Meiring se revolvía inquieto en sueños. Podía percibir su olor animal y sentía la áspera y mugrienta tela de su chaqueta contra la mejilla. Intentó taparse con un extremo de la manta y estirar el otro sobre el pecho de su amigo, pero era demasiado pequeña para los dos. Notaba el frío colándose por detrás de sus piernas, metiéndose en sus botas y trepando por su espalda desde la franja que se le quedaba al descubierto entre la camisa y los pantalones. Lo único que podía hacer era pegarse más a Meiring para tratar de aprovechar el calor de sus cuerpos.

El olor no tenía importancia, se habían acostumbrado hacía tiempo a la peste que desprendían, y también a dormir de aquella manera, de dos en dos, como dormían todos los hombres del comando en las heladas noches del desierto, cuando era impensable encender un fuego y solo se tenían unos a otros para calentarse. Pero Ludolf no había podido acostumbrarse al cuerpo de Meiring. Estaba demasiado cerca. Era demasiado hermoso. Meiring gruñó un poco, suspiró y abrió los ojos.

—Mmm —dijo, con la lengua aún espesa por el sueño—. Todavía está oscuro.

—Ya casi está amaneciendo. —Habían dormido bajo las estrellas pero la luna no era ya más que una delgada línea en el cielo y la luz del día empezaba a asomar por el este.

—Tengo frío —dijo Meiring, apretando su cuerpo de espaldas contra Ludolf, que tuvo que separarse un poco; tuvo que apartarse de cintura para abajo para que no notase su dureza. Tan pronto como se movió, sin embargo, se sintió culpable, y trató de compensarlo pasando un brazo

por encima de sus hombros y estrechando su pecho contra la ancha y fuerte espalda de su amigo.

Meiring se giró para mirarlo y sonrió.

—Será mejor que nos levantemos —dijo mientras se estiraba para darle una palmada en el muslo antes de apoyarse sobre sus rodillas y ponerse de pie. Se alejó unos pasos y meó en la tierra. Resonaba alto y claro en la calma de la mañana.

Era la segunda noche que pasaban separados del resto de su comando y tenían hambre. Llevaban meses alimentándose de carne seca y pan tostado y en los últimos días habían tenido que moverse deprisa, parando menos de lo normal, porque creían que había patrullas enemigas persiguiéndolos y justo allí, cerca de Graaff-Reinet, en medio de la Colonia<sup>2</sup>, se estaban quedando sin munición, así que el comandante quería evitar el enfrentamiento hasta que se reunieran con el resto de su columna, a los que esperaba encontrar en algún lugar cerca de Bethesda con provisiones y, quizá, noticias de casa. Tenían aliados en Bethesda, según había dicho, una familia de rebeldes que conocía.

Entonces, cuando ya se acercaba el alba y la noche era más oscura y las nubes ocultaban la luz de la luna y las estrellas, Meiring y Ludolf se habían perdido. Estaban atravesando un paso entre las montañas cubierto de una neblina impropia de la estación, apoyados el uno en el otro, como siempre, para tratar de orientarse, hasta que, en un repentino claro, se habían dado cuenta de que estaban solos y de que, probablemente, llevaban así al menos unas horas.

Pararon junto a una charca y dejaron beber a los caballos mientras la luz del día crecía a su alrededor. Meiring dijo: «Creo que deberíamos esperar aquí a que amanezca del todo. Descansar un poco. Entonces podremos regresar sobre nuestros pasos y tratar de encontrar a los demás».

Pero estaban exhaustos y necesitaban tanto ese descanso... y era la primera vez en meses que estaban los dos solos y que se sentían seguros, allí ocultos entre las rocas y los arbustos. «Continuaremos mañana», decidió Meiring.

Y mañana había llegado.

—¿Nos queda algo de comer? —dijo, girándose mientras se abrochaba la bragueta.

—Tengo un trozo de carne seca y dos o tres rebanadas de pan tostado —contestó Ludolf.

—Igual que yo.

Ludolf estaba de rodillas, enrollando la manta en la lona que utilizaban para ponerla sobre el suelo y atando el fardo con una tira raída de cuero. Un caballo y una montura cada uno, sus rifles, sus sombreros y una muda de ropa, y una sola manta y una lona para el suelo: eso era todo lo que tenían entre los dos.

—Quizá deberíamos esperar hasta la noche y buscar alguna granja para ver si tienen algo —propuso—. A lo mejor nos pueden indicar el camino.

—Buena idea —dijo Meiring—, si fueran de los nuestros. Además, no podemos movernos a caballo durante el día estando tan cerca de Graaff-Reinet; los caquis<sup>3</sup> podrían ver el polvo.

No había llovido y las nubes se habían alejado; la tierra era rojiza y estaba muy seca. Estaban rodeados por el rojo de la tierra, por el apagado verde militar de los raquíuticos matorrales de Karoo y el frágil y pálido blanco de las dunas de alta y delicada hierba.

Comieron lo poco que tenían, compartiéndolo como siempre habían hecho, conscientes de que volverían a tener hambre en un par de horas, y luego bebieron agua directamente de la charca.

—¿Sabes qué? —dijo Meiring—. Quedémonos aquí un día más. Podemos lavar la ropa. A los dos nos vendría bien

lavarnos un poco.

—Pero entonces nunca alcanzaremos a los demás. Nos retrasaremos demasiado

—Lo sé —respondió Meiring, y sonrió.

Eran buenos amigos y se trataban como iguales, pero Meiring siempre tomaba el mando de alguna manera. Y no era solo por su edad, siempre había sido más avispado que Ludolf, menos confiado con la gente y también más atrevido; antes de la guerra siempre era el primero en idear aventuras, el que los metía en problemas y el que, a menudo, los sacaba de ellos. Pero en los dieciocho meses que habían pasado desde que se convirtieron en hombres al unirse a la guerrilla (cuando en realidad apenas lo eran: Meiring, un año mayor, había cumplido los 17 el día que habían salido de sus casas), él era el que había madurado más deprisa. Los días y semanas de espera, para de repente tener que moverse rápido hacia otro lugar donde volver a esperar; la tensión antes de que las balas empezaran a silbar a su alrededor; el terrible ardor de la metralla y el ruido de los cañones que los atemorizaba y atronaba sus almas; las granjas ardiendo y el ganado asesinado por el enemigo, que lo abandonaba a la podredumbre; los grupos de mujeres, niños y ancianos vagando por la sabana... todo aquello los había cambiado a ambos, pero sobre todo había cambiado a Meiring, que se había vuelto distante y silencioso.

Ahora parecía que el Meiring de siempre había vuelto y Ludolf se sentía aliviado y feliz. En ese momento decidió que conseguiría ganarlo al pellizco al menos una vez antes de que acabara el día.

De repente, Meiring le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Eh! —gritó Ludolf, devolviéndole el golpe.

—¡Bah! —se rió Meiring—. Dieciocho meses en el comando y aún pegas como una niña.

Ludolf se lanzó contra él, forcejeando para tratar de sujetarle los brazos e inmovilizarlo contra el suelo. Ninguno de los dos era muy alto para su edad y estaban muy flacos, la delgadez de la adolescencia y del hambre, pero tenían el espíritu de los jóvenes y luchaban con fiereza. Empezaron a gritar mientras se peleaban, primero sonriéndose y luego riendo a carcajadas, cada vez más alto, hasta que de repente Ludolf sintió que Meiring aflojaba la fuerza bajo el peso de su cuerpo.

—¿Te estás rindiendo?

—No —dijo Meiring—. Tenemos que ser más discretos.

—Sí —contestó Ludolf, soltándole las muñecas y echándose hacia atrás hasta quedarse sentado a horcajadas sobre él, sintiendo su cintura lisa, suave y sorprendentemente delgada entre sus muslos. Se quedó así un segundo, mirándolo, antes de rodar hacia un lado y tumbarse junto a él, mirando al cielo. Estaba ya completamente azul y el sol iba llenándolo con su luz al asomar por encima de las montañas.

—Si la lavamos temprano, la ropa se secará más rápido —dijo.

—Tendremos que vigilar —dijo Meiring—. Vamos a esperar a que haga un poco más de calor y luego te bañas tú primero.

—Mientras, subamos allí —propuso Ludolf señalando lo alto de la colina—. Vamos a ver dónde estamos.

Echaron un vistazo a los caballos, que estaban pastando con las patas trabadas, y cogieron los rifles y las cartucheras, se pusieron los sombreros y empezaron a caminar.

Cruzar el valle era fácil, pero no tanto ascender la ladera, por la que se desprendían piedras y tierra suelta. Ludolf dejó que Meiring fuera delante, como siempre, y enseguida encontraron un sendero y empezaron a subir. No era una colina muy alta y pronto estuvieron en la cima y Meiring

tuvo que agacharse de golpe para evitar que pudieran ver su cabeza recortada contra el cielo desde el otro lado.

—¿Qué hay? —susurró Ludolf.

Meiring hizo un gesto con la mano para que guardara silencio. Levantó un poco la cabeza y oteó despacio la zona que se extendía ante sus ojos mientras permanecía así, encorvado y rígido. Ludolf sabía que estaba concentrado por la tensión de sus músculos.

—Nada —dijo después de un rato y, entonces, Ludolf le pellizcó en el cuello, retorciéndole la piel. Empezó a reírse con esa voz aguda y chillona que le salía cuando estaba nervioso y, dándose la vuelta, salió corriendo.

—¡Serás...!

Corrieron los dos camino abajo, haciendo giros bruscos y sin control, moviendo piernas y brazos de forma totalmente descoordinada, agitando los rifles en el aire, gritando alborozados; el eco de sus voces resonaba en el silencio de la mañana. Ludolf llevaba ventaja cuando cruzaron el lecho del río, pero Meiring dejó caer su arma y se lanzó sobre él, derribándolo y tirándolo al suelo.

—El pellizco —dijo cuando consiguieron parar de reír a carcajadas y recobrar el aliento—. Me había olvidado del pellizco.

—¿Recuerdas cómo íbamos? —preguntó Ludolf.

—Por supuesto. Te ganaba cuarenta a uno.

—¡Qué tontería! —replicó—. ¡Estás chalado!

—El pellizco —repitió Meiring con voz triste—. El pellizco —dijo una vez más—. Me había olvidado del pellizco.

El sol ya estaba alto y hacía calor en el valle, y ellos estaban sudando y deseando bañarse.

—Pero tenemos que dejar de hacer tanto ruido —advirtió Meiring.

—Has dicho que no habías visto nada —dijo Ludolf.

—No sé. He visto la ciudad.

—¿Cómo? ¿Graaff-Reinet?

Meiring asintió.

—Está como a unos diez kilómetros.

—¡Dios mío! —Sabía que estaban en territorio enemigo, pero Graaff-Reinet era el mayor de sus acuartelamientos.

—No pasa nada —le tranquilizó Meiring—. Ve tú primero, pero ten cuidado. No salpiques ni nada de eso. Yo me quedaré vigilando desde esa roca de allí y tiraré una piedra si veo algo raro. —Se levantó y cogió su rifle; sus pies crujían levemente sobre la punzante arena mientras se alejaba.

Ludolf le dio unas cuantas vueltas a su arma y luego le dio la espalda a Meiring mientras se desvestía. Recogió su ropa en un montón que dejó frente a él y se dio la vuelta para meterse lentamente en el agua turbia de la charca.

La superficie estaba caliente, pero hacía cada vez más frío según se iba adentrando, hasta que acabó por echarse hacia atrás y dejó que le cubriera del todo, menos la nariz y los ojos. Se estaba bien. Luego cogió sus pantalones y los restregó bajo el agua, e hizo lo mismo con la camisa y la chaqueta; los sacudió y los levantó en el aire, sonriendo a Meiring, que le devolvió la sonrisa y le hizo un gesto con la mano.

Encontró una piedra y se frotó la piel con ella para quitarse un poco la mugre, y cuando hubo terminado y ya no podía quedarse más tiempo allí escondido, salió del agua, otra vez de espaldas a Meiring, y extendió su ropa al sol sobre unos arbustos para que se secara.

—Ven, ahora me toca a mí —dijo Meiring, sin dejarle otra opción. Tuvo que caminar desnudo hasta la roca donde estaba sentado su amigo, y cogió el rifle por tener algo que sujetar en la mano mientras se acercaba.

Meiring lo observaba y se rió cuando lo vio sentarse y dar un salto porque la piedra estaba caliente y le había quemado la piel desnuda.

—Vas a tener que sentarte en el sombrero, amigo.

Ludolf intentaba encontrar una postura un poco más cómoda y Meiring empezó a desnudarse. Se habían visto desnudos muchas veces; cuando aún estaban en casa, habían aprendido a nadar tirándose en las partes más profundas del río y, desde que se habían alistado, habían nadado juntos con los demás hombres del comando. Si Meiring pensó en algún momento que había algo de raro en la repentina timidez de Ludolf, no dijo nada al respecto.

Intentaba no mirar, pero estaba subyugado por los anchos músculos del pecho sin vello de Meiring, por sus pequeños y apretados pezones coronados por círculos de piel más oscura, por su vientre blanco y cimbreante, la fina línea de pelo que le bajaba desde el ombligo y el oscuro triángulo en el que su virilidad se acomodaba como una soga corta, gruesa y de cabo romo y redondeado.

La boca se le secaba y se le encogía el estómago; le invadió un profundo sentimiento de culpa cuando se dio cuenta de que se le estaba empezando a poner dura. «¿Qué me pasa?», pensó. Y fuera lo que fuera, estaba seguro de que era un pecado. Habían hablado mucho y habían escuchado a los otros hombres en las largas noches de los campamentos, o cuando hacían incursiones, y los mayores disertaban algunas veces sobre las perversiones y los deseos de la carne, y los pastores lo vociferaban cada vez que daban un sermón. Cuando estaban en casa los escuchaban con menos frecuencia, solo veían a su pastor cuando venía al pueblo o cuando sus padres los llevaban a la ciudad a comprar y a cumplir con la Eucaristía, pero allí, en el comando, iban con ellos y los oían constantemente. Pero ninguno había dicho nunca nada sobre algo como aquello.

¿Por qué se sentía así? ¿Por qué tan de repente? ¿Por qué hoy? ¿Por qué?

Lo que sentía era amor.

Meiring tardó mucho más que él en enjuagar su ropa y estuvo un buen rato nadando; se hacía el muerto, cogía agua en la boca y escupía un chorro hacia él como si fuera la estatua de una fuente; se quedaba en silencio durante minutos enteros mirando a Ludolf encima de la roca y luego se daba la vuelta y cruzaba a braza la charca una o dos veces, con los pálidos globos de su trasero brillando cada vez que reflejaban un rayo de sol a través del agua cenagosa.

Cuando terminó, se puso de pie en la orilla, sacudiéndose el agua, y luego extendió su ropa sobre los arbustos, junto a la de Ludolf. Tocó la chaqueta de su amigo y dijo: «Lo tuyo está casi seco», y entonces fue hacia la roca y se tumbó sobre ella, girando la cara hacia el sol con los ojos cerrados para protegerse de su resplandor.

Más tarde se vistieron y se tumbaron a la sombra para dormir y esperar a que pasara el calor.

Al atardecer, volvieron a ver cómo estaban los caballos y los llevaron a la orilla de la charca para que bebieran. Entonces Ludolf vio un conejo cerca del agua y, arriesgándose a hacer algo de ruido, le disparó. Meiring lo desolló y le quitó las tripas, pero dijo: «Tendremos que esperar a que esté oscuro para hacer fuego, así no podrán ver el humo». Recogieron algo de leña y unas cuantas astillas cuando el día ya estaba tocando a su fin y, cuando oscureció, encendieron una hoguera con la piedra del fusil, pero era demasiado pequeña y ellos estaban demasiado hambrientos, así que apenas lo cocinaron a toda prisa y aquel bocado fresco y de fuerte sabor tenía aún un cierto gusto a sangre y a carne cruda.

Ludolf no quería que llegara la noche, temeroso de tener que tumbarse junto a Meiring después de todo lo que había pasado ese día, pero su amigo estaba cansado y, cuando terminaron de comer, dijo: